

simple vista percibir las; mas nos extasiamos con todo lo que está cerca de nosotros, al contemplar la inmejorable disposición de cada una de las cosas que nos rodean. Todo, todo lo que vemos, nos convida á pensar en la Causa primera. Hay maravillas que se suceden á las maravillas, todas las cuales son de belleza, de bondad, de utilidad. Cada cosa es relativamente necesaria, cada una es útil. Quien por necesidad, quien por curiosidad recorre las campiñas, uno y otro encontrarán satisfechos sus deseos al fin de la jornada. El anatómico, enfrente del cadáver estudiando los órganos; el histologista, armado con el microscopio penetrando en la intimidad de los tejidos; el bacteriologista estudiando y clasificando los microbios; el que se sumerge en las profundidades del océano; el que paseando goza con la variedad de colores que se esparcen en la pradera: el verde de la grama, el dorado de las espigas, el oscuro y apacible matiz de los troncos seculares, cubiertos con el terciopelo del musgo..... Si se acerca á las flores, goza tanto el botánico contemplando los bellísimos lechos nupciales de los estambres y de los pistillos y aspira con placer el suavísimo olor de la violeta, la sabrosa exhalación del clavel y el riquísimo aroma de la rosa; si otro busca lo útil y lo agradable, encuentra la canela, y el clavo, y la pimienta, descortezará la quina, desenterrará la jalapa. Al fin del día, después de segar las doradas mieses, dará gracias á la Providencia el agricultor, y gustando las dulcísimas uvas, cantará el vendimiador separando los cargados racimos. El que no busca los minerales que quieren por sus colores competir en belleza con las flores, la esmeralda, el zafiro, el rubí, el topacio, el ametista y el riquísimo diamante: encuentra los metales que lo enriquecerán ó que le ayudarán en las labores de la agricultura y de la industria. En suma, todo aquel que por cualquier motivo tenga que estudiar á la Naturaleza, tiene que confesar que todas las cosas fueron hechas con gran sabiduría y que cada especie es un canto del gran poema á Dios que declama la Naturaleza en alabanza de su Autor, iluminada por la luz que emiten las incontables lumbreras esparcidas en el firmamento, inspirada por la majestuosa extensión de los mares; la belleza de los prados, la hermosura de las nubes, que truenan y fulminan derramando la lluvia y el granizo; David ordenaba al agua, al aire, al fuego, á la tierra, alabar al Señor; en cada cosa lee el filósofo el laudo que

ella entona en loor de Dios, y aun ese científico que niega al mismo Dios, canta aunque no quiera, al unísono de la Naturaleza, las excelencias del Padre de todas las criaturas y del Dispensador de todos los bienes. El hombre debe ser, porque es el que más ha recibido, la primera criatura que cante en la tierra ese *Te Deum laudamus*, que incessantemente entona esta pequeníssima esfera al unísono de los himnos que canta el ejército que luce en el infinito. Y que haya ¡Dios sabio y bueno! pseudo filósofos que desdeñen resistir al más sublime trozo de tu gran poema, la formación del hombre y su animación por el soplo divino!!!

CAPÍTULO III.

Las ciencias exactas no han podido explicar muchos misterios que se encuentran en las cosas y en los fenómenos de la Naturaleza. Dios quiere que esto suceda para que el hombre reconozca su inferioridad respecto de El.

Las ciencias naturales interpretan cuando son cultivadas por fieles y creyentes sabios, las alabanzas que todas las criaturas elevan al Señor, soberano dueño del universo, Criador, como dice el Símbolo, de todas las cosas visibles é invisibles, y no obstante que dichas ciencias se honran con el calificativo de exactas, tienen que someterse á la humillación de no poder entender, y por tanto, explicar, los verdaderos misterios que hay en varias cosas y en muchos de los fenómenos que ellos estudian. Y entre tantos hechos de naturaleza oculta, citaré los siguientes que no comprenden los sabios, y que por otra parte, quedan satisfechos con exponerlos, desentendiéndose de considerarlos como misterios: la ley de la gravitación universal, nos hace comprender el orden admirable é inalterable del movimiento impreso á la multitud de los ejércitos de los astros en el espacio. ¿Sabe alguno, se ha explicado cómo, cuándo y por qué, empezó el impulso que movió la inmen-

sa maquinaria, que es en la que se encuentra el movimiento continuo que tanto ha aturdido á los que han tratado de ponerla en práctica en las máquinas? Ninguno se atreverá seguramente á indicar supuesta ó supuestas causas primeras de este incomprensible movimiento, porque cometería el pecado filosófico de dar como causa el efecto; el espíritu del creyente sí dice con firmeza: el dedo de Dios fué la fuerza inicial del movimiento y fué cuando Dios dijo: *há-gase* y así como lo dijo fué y vió que era bueno, y la ciencia sumisa repite: bueno es todo lo que el Señor ha hecho con la eficacia de su palabra. La física no ha podido todavía (¿podrá después?) decir la última palabra sobre qué es la electricidad, y esto que la maneja y hace de ella lo que quiere. No hace mucho tiempo satisfacía al entendimiento la teoría que suponía los fluidos positivo y negativo; hoy se acepta como más racional el decir que la electricidad es una de las manifestaciones de la energía; y el principio de la conservación de la energía ó de la correlación de las fuerzas, la electricidad, se transforma en calor, en luz ó en movimiento, de la misma manera que cada uno de estos modos de energía, puede en ciertas condiciones físicas convertirse en electricidad. Ahora se llama al estado de reposo de la energía en los cuerpos, lo que antes se decía fluido neutro, y ¡cosa notable! conociendo los sabios contemporáneos la dificultad de explicar por solo la noción de los diversos estados de la energía, generadora de los admirables efectos que conocemos con los nombres de luz, calor, electricidad, han tenido que recurrir á la hipótesis del éter fluido, que á ser verdad el supuesto, llena el espacio del cielo y el que se encuentra entre los átomos de los cuerpos. ¡Oh fuerza incomprensible esa que es transmitida por un alambre de un espesor de un centímetro, que comunicada á la carretilla que gira en el motor, llega á mover las ruedas delanteras de un carro que arrastra toneladas de peso!!! ¡Oh fuerza incomprensible que siendo tan poderosa en nada altera la constitución física, ni química del hilo metálico por el cual pasa y sí en verdad, solo es impresionado, si es que impresión pueda recibir un fluido imponderable, el éter, que llena esos espacios que la vista desnuda ó bien armada con un microscopio es incapaz de percibir! ¿No es verdad que la Física es como la Metafísica? Los sabios físicos no solo respecto de la electricidad, en otros asuntos, tienen que recurrir á las hipótesis, que en algo

ayudan á comprender los misterios cuya inteligencia se nos veda tener por el que es el Señor de la ciencia; con cuánto mayor motivo necesitamos, no de las hipótesis, sí de las verdades reveladas, para conocer los misterios de nuestra creación y destino? La teoría de la energía es un reflejo de la verdad de la Omnipotencia divina, que es Luz que todo lo alumbra, Calor que todo lo vivifica, Electricidad que todo lo anima!

La Química que por síntesis reúne elementos para componer cuerpos, y por análisis descompone los cuerpos cuyos componentes trata de conocer, todo lo hace en virtud de las leyes que rigen esa fuerza de atracción (misterio), que se llama afinidad, que nos da la razón de los fenómenos que estudia la ciencia; porque se puede afirmar que en todo lo que se refiere á la química entra como factor principal, la afinidad, cuya palabra nos indica que unos elementos atraen á otros elementos; pero no nos da la razón de por qué es así, por mucho que nos conformemos con no comprender qué es esa fuerza que respecto de unos cuerpos obra de un modo y respecto de otros de diferente manera. La Química enseña al verdadero filósofo la capacidad creadora de Dios, que pudo, porque fué su voluntad hacerlo, con reducido número de elementos, formar, combinándolos de innumerables maneras, tantos cuerpos como existen en la Naturaleza. Los misterios y enigmas abundan en cada una de las ciencias llamadas exactas, que no son oprobio en ellas, si son considerados como pruebas de sumisión á Dios.

En las ciencias médicas los enigmas y misterios son más numerosos, y todos son de admirar y considerar: primeramente, la sabia previsión que precedió á la creación de los seres dotados de vida: mientras más progresan la Biología y la Fisiología, más y más se sorprenden los investigadores al encontrar diariamente los misterios de la vida, cuya definición ha sido y es tan difícil, por la razón de que no comprendemos lo que es la vida, aunque la gozamos, y que empezando por el misterio de la fecundación, concluye con el enigma de la enfermedad mortal. La vida, por la cual gozamos los beneficios de la creación, es uno de los grandes motivos que tenemos para vernos obligados á bendecir á Dios, agradeciéndole la gracia que nos ha concedido, determinada esta gracia por su infinita bondad, y no porque la merezcamos. Es triste y aflige muchísimo, que

haya hombres que se dejen dominar de la soberbia, hija de Satanás, y por ella, se les haga duro someterse al suave yugo de la fe, y repugnan creer las verdades, que aunque incomprensibles, no son imposibles. Todo lo que obró Dios Nuestro Señor, en calidad de milagro, para establecer la religión revelada, es maravilloso é incomprensible para nuestra capacidad limitada; pero todo factible para un Todopoderoso que con sabiduría y con amor obró á fin de obtener un resultado hasta cierto punto necesario una vez creado el hombre, que éste, perfeccionándose por medio de la práctica del bien, se hiciera digno de la salvación para ser eternamente hijo de Dios.

La religión verdadera consiste en creer en Dios, amarle, venerarle y obedecerle. El que ama, quiere todo lo que quiere el ser amado, y como el Señor quiere que creamos lo que nos manda creer y le amemos, debemos someternos; y tanto más es agradable hacer la voluntad de Dios, cuanto que lo que nos pide es dulce y aceptable, porque no repugna á la razón, porque cada uno de los misterios de la fe, es como el de la Inmaculada Concepción de María Santísima que fué así, según dijo el grande Escoto, porque *pudo Dios, convino*, luego lo hizo. Que puede Dios, quien cree en El no lo duda; que cuando obra es, porque es necesario, nadie lo niega, y que el Señor hace lo que le conviene, á todos nos consta, cuando todas sus obras son buenas, y por lo mismo, convenientes y así: ¿qué misterio, qué milagro, se pueden considerar imposibles para la Omnipotencia divina; que hayan sido inconvenientes para el bien de la humanidad y qué perjuicio ó qué lesión ha sufrido el mundo por causa de alguno de ellos? Todo lo contrario, bienes apreciables le vienen al hombre creyendo lo que Dios le manda creer; tanto respecto de la positiva felicidad en la otra vida, como respecto del bien temporal!

Impresionados por las reflexiones que nos sugiere el estudio de la organización del hombre y de las funciones que se ejercen en su economía, llegamos á la conclusión de que solamente una suprema sabiduría es la que hizo obra tan perfecta. Voy á exponer lo que me permitan mis dotes intelectuales, que bien sé son reducidas y el tiempo: entre tanto digno de mención y alabanza, lo que resalta más en ese cúmulo de perfecciones que se encuentran en la constitución humana, desde que el hombre es concebido, hasta que entra después de la muerte en nueva vida.

En el estudio del hombre no es posible señalar qué sea más de admirar, si la estructura de los tejidos que componen los órganos, ó la disposición tan propia para el ejercicio de las funciones de los mismos órganos, y tanto que hay que considerar en el individuo, que demuestra la grande sabiduría y la omnipotencia del Creador.

Al exponer con espíritu humilde nuestros pensamientos respecto de la excelencia de la criatura predilecta de Dios, es necesario, que al admirarla, nos elevemos lo más alto que sea posible para alabar al Creador, agradeciéndole la bondad que tuvo al crearnos, haciéndonos la gracia de que dependa de nosotros mismos nuestra suerte futura, amando y sirviendo á nuestro Padre celestial, es decir, haciendo lo que es de nuestra obligación respecto de un bienhechor. Desde que se empieza á estudiar el cuerpo humano, hasta que se termina, recorre nuestro entendimiento una serie de prodigios que no son debidamente admirados, porque considerados ordinariamente como efectos de lo que el incrédulo llama poder de la naturaleza, no se profundiza en el estudio de la previsión tan sabia que precedió á la formación del hombre; mas quien con amor por la verdad medita; tiene que llegar á considerar, que únicamente un Dios sapientísimo y omnipotente crió al hombre; el cual es tan perfecto porque Dios lo quiso; tiene una razón tan maravillosa, porque quiso Dios que el hombre fuese á su imagen y semejanza, y por lo mismo, lo animó alentando sobre él.

¡Médico! si te consideras sabio, es necesario, para que de veras lo seas, que inclines la cabeza adorando al Omnipotente, al Sabio, al Amante, es decir, al Dios Padre, al Dios Hijo, al Dios Espíritu Santo, que hicieron al hombre. *Sois admirable Dios mio en vuestras obras. Sí, solo vos extendisteis los cielos y camináis sobre las ondas del mar. Sí, hicisteis al Arturo y al Orión y las Hiadas y lo más interior del mediodía. Sí, vos hicisteis cosas grandes é incomprensibles, y admirables, que no tienen número* (Job, cap. IX). Criasteis á María, vuestra hija, vuestra madre, vuestra esposa, con un cuerpo de naturaleza humana, pero más puro y más bello que la luz. De la luz, cuando la criasteis, dijisteis que era buena: más de María afirmásteis que había hallado gracia delante de Vos. Si Vos, Dios grande y misericordioso, habéis hecho tanto prodigio, cómo no habéis de poder hacer que los sabios que investigan con atención los misterios

rios de la vida, escudriñando en las celdillas, que para ser vistas es necesario del auxilio del microscopio, que están atentos al movimiento determinado por las fuerzas vitales en las funciones de asimilación y desasimilación; que esperan que la experimentación les aclare enigmas que no pueden hasta ahora adivinar, cómo no habéis de poder hacer, repito, que esos hombres sean de buena voluntad, para que así vean tu poder en lo admirable de la perfección que tanto se encuentra en el macrocosmos como en el microcosmos? Por bien de vosotros mismos, empezad, sabios, á estudiar, dejándoos llevar de la admiración que produce la excelencia de lo hecho en la intimidad de los tejidos que componen los órganos, de lo bien acabado de éstos, de lo perfectamente calculado en la disposición de las partes del organismo para ejercer debidamente las funciones y sobre todo lo que corona la obra: la influencia del espíritu sobre el órgano nobilísimo, el cerebro. Al fin de este estudio meditado, habréis cantado alabanzas á Dios, lo mismo que lo hicieron los ángeles buenos luego que fueron criados. Vuestros elogios serán tanto más agradables al Creador, cuanto más sean nacidos de una sincera gratitud, hija de una humildad propia de la criatura que reconoce que no mereciendo por sí misma lo que es, se lo debe á su Creador. Por esa humildad tan grande, es por la que la llena de gracia es alabada por los Santos.



CAPITULO IV.

Consideraciones sobre el misterio de la vida que empieza desde la fecundación del óvulo.

Quomodo ignoras quae sit via spiritus, et qua ratione cernuntur ossa in ventre praegnantis: sic nescis opera Dei, qui fabricatur est omnium.

Los intérpretes dicen comentando este versículo del Eclesiastes, que todos ignoramos cuál sea el camino del espíritu, del alma, entendiéndose que no sabemos cual sea el modo, con que se infunde en el cuerpo. Para los que creemos, la vida del hombre espiritual, este animal criado para la inmortalidad, empieza en el momento de la creación del alma que coincide con el instante en el cual se verifica la fecundación del óvulo. La vida del hombre, en cuanto á que dura mientras el alma está en el cuerpo, es de más alta importancia que la vida de los demás animales, por más que ésta sea digna de profundas meditaciones, porque ese período de la existencia del hombre es el que determina la clase de vida que cada uno tendrá en la eternidad. El médico cristiano, al estudiar la vida encuentra, que es mucho menos enojoso para él, no comprender los misterios que no han podido desvanecer ni aclarar las sabias investigaciones de los observadores, que para aquellos que confían mucho en el poder de la ciencia. «Y bendíjolos y dijo: creced y multiplicaos.....» y desde entonces, continúa la sucesión de las generaciones del hombre, repitiéndose en cada concepción, por millares de millares de veces, la incomprendible fecundación del germen femenino por el elemento masculino. El óvulo más pequeño que la más insignificante arena, impregnado por el licor viril, horas después de la inbibición es para el ojo escudriñador una celdilla que no presenta más señales de alteración que la presencia en el espesor de sus